

Clase, interseccionalidad y estrategia: un abordaje dialéctico de las políticas de identidad

Sebastián Tudino Della Mora

Universidad Nacional de Rosario

Rodrigo Braicovich

Universidad Nacional de Rosario/CONICET

Resumen

Desde la crisis capitalista de 2008 a esta parte, surgieron movimientos de lucha diversos en todo el planeta: estudiantes, mujeres y diversidad, procesos obreros, en defensa de los bienes comunes naturales, etc. La avanzada neoliberal comenzada en la década del 70 y la posterior descomposición de los llamados “socialismos realmente existentes” impusieron una crisis de los discursos clasistas que fomentaron estudios y estrategias particularistas hacia estos movimientos identitarios. Desde la emergencia de las nuevas derechas, hasta los neorreformismos en Europa y América Latina se ha dado diversas respuestas a estos fenómenos. Nos proponemos en este trabajo abordar críticamente un análisis de estos procesos, sus lecturas adversas o apologéticas, y los posibles abordajes desde una perspectiva marxista y clasista que reactualice la posibilidad estratégica de una subjetividad hegemónica para superar el capitalismo.

Introducción

La última mitad de siglo ha sido testigo del surgimiento inédito de movimientos de lucha anclados en demandas de derechos de distintos colectivos: desde las luchas de los feminismos y las disidencias, hasta las exigencias de políticas de reparación por parte de comunidades afrodescendientes en Estados Unidos, pasando por reclamos de resarcimiento y reconocimiento de pueblos originarios, la arena política ha estado habitada fundamentalmente por la pugna por el reconocimiento, la representación y la redistribución de recursos entre los grandes poderes económicos y los colectivos oprimidos.

Esto ha redefinido la escena política en un sentido doble: *en el campo de las derechas*, en la medida en que ha significado la irrupción de masas enormes de individuos cuyos derechos y reclamos hasta el momento no habían sido siquiera considerados, tal como las disidencias sexuales, los pueblos originarios o las minorías étnicas oprimidas; *en el campo de la izquierda*, en la medida en que las reivindicaciones particularistas han puesto en cuestión la centralidad de las organizaciones clasistas al momento de mediar entre los sectores explotados y las clases opresoras y de transformar la fragmentación en hegemonía. La reacción de los sectores que componen cada uno de estos campos fue sumamente heterogénea frente a lo que sintetizaremos como reivindicaciones particularistas: mientras *las derechas* optaron por impugnar de raíz la legitimidad de dichas reivindicaciones, *la izquierda clasista* admitió de buen grado la validez de los mismos pero negándose a interpretarlos (desde el punto de vista explicativo y desde el punto de vista estratégico) como reclamos autónomos y desarticulados respecto de la base material sobre la surgieron. Entre estos polos surgió lo que Tariq Ali (2015) definió como el “extremo centro”, el cual transformó a las reivindicaciones particularistas en el eje alrededor del cual se pretendió construir un consenso liberal (no explicitado) con el objetivo de poner límites a los extremos, sean estos de derecha o de izquierda, bajo programas flexibles de “neoliberalismo progresista” (Fraser, 2017) o, en sus intentos más audaces, bajo propuestas neoreformistas¹.

Sobre la base de esta caracterización, nuestro objetivo es ofrecer un análisis crítico del horizonte abierto por la irrupción de las reivindicaciones particularistas y de las perspectivas estratégicas para la construcción de respuestas a dichos reclamos. Sugeriremos, en términos generales, que la única salida al escenario de las luchas de resistencia radica en una relectura de las reivindicaciones particularistas en coordenadas de clase.

El resurgimiento de las derechas y la impugnación reaccionaria de los particularismos

Ante un mundo signado por crisis económicas recurrentes, guerras cada vez menos periféricas o asimétricas, pero también por rebeliones populares, un nuevo fantasma recorre el mundo: la ultra derecha. Numerosos analistas han querido deducir de los resultados electorales positivos cosechados por estas formaciones reaccionarias, la conclusión de que la forma contemporánea de la rebeldía ya no sería igualitarista, solidaria y crítica de las viejas costumbres y de todo aquello que se presume inmóvil o eterno. Personalmente consideramos conveniente, por el contrario, evitar la catalogación de los votantes de las nuevas derechas como sectores atrasados que conspiran contra sus propios intereses, dado que ello no sólo sería incorrecto desde un punto de vista interpretativo, sino que también equivaldría a indultar a los sectores responsables de la situación contra la que estos fenómenos representan una reacción. Comprender los triunfos actuales de las nuevas derechas exige, a nuestro juicio, comprender los procesos mate-

riales y políticos que han tenido lugar en las últimas décadas al interior de las sociedades capitalistas.

Si tomamos como punto de partida las condiciones de vida actuales de las grandes mayorías, se vuelve innegable que las mismas no han cesado de empeorar bajo un modo de producción que sigue atravesando en forma cíclica crisis económicas y guerras, y conduciendo a la destrucción acelerada, incesante e irreversible de los bienes naturales comunes. A pesar del carácter radical y dramático de estos procesos de degradación de todas las formas de vida, la gestión global del capital ha estado durante las últimas tres décadas en manos del ‘extremo centro’, el cual aparece como el resultado de la transformación neoliberal en los partidos de los regímenes bipartidistas de las “democracias occidentales”. Dicha transformación ha derivado en gobiernos de pseudo unidad nacional, en los cuales el consenso neoliberal se ha vuelto inmutable, y en los que solo las políticas *no estructurales* admiten ser puestas en discusión. Es precisamente en el estrecho margen de discusión permitido por este consenso en el que hicieron su aparición los neoliberalismos progresistas, apoyados en la construcción de alianzas entre los movimientos identitarios, los nuevos movimientos sociales, y los partidos políticos del centro progresista (Partido Demócrata norteamericano, Nuevo Laborismo, PSOE, kirchnerismo, etc.), los cuales apelaron a una ampliación de la representación, pero sin alterar las reglas de la redistribución de las riquezas y los recursos. Entre las principales consecuencias que se derivaron de la alternancia “sin alternativas” (en palabras de Margaret Thatcher) de este escenario, se hallan la perpetuación de políticas de austeridad, las migraciones masivas (por razones económicas, políticas o militares), el sometimiento por vía de las deudas nacionales o individuales, la destrucción acelerada de los bienes naturales comunes (y el consecuente surgimiento de pandemias como la del COVID-19), y la desregulación acelerada del mercado laboral, todo lo cual tuvo como resultados la profundización de la insuficiencia salarial y de la desocupación, la precarización laboral, y la proliferación de enfermedades derivadas de ello. Es precisamente frente al fracaso radical de esa hegemonía neoliberal que debe ser comprendida la llegada al poder de Trump, Meloni, Bolsonaro, o Milei, y no como expresión del surgimiento *ex nihilo* de una generación de ciudadanos que, malinterpretando el sentido del concepto de rebelión, han perdido hasta la capacidad de velar por sus propios intereses.

Estas nuevas derechas, sin embargo, no solo han sabido nutrirse del malestar, la desconfianza y aun el resentimiento de los “caídos” del sistema, sino que han tenido éxito en redireccionar la mirada del electorado hacia falsos culpables. A través de los “discursos de odio” y la utilización de las formas de comunicación modernas (en especial, las redes sociales y la difusión de *fake news*²), han logrado instalar como culpables del empeoramiento de las condiciones de vida no al sistema capitalista (en sus diferentes dimensiones), sino a la corrección política, a la “ideología de género” (que habría llegado para destruir las bases morales de la sociedad), a las legislaciones que protegen a los migrantes que “les roban el trabajo”, al “marxismo cultural” (que habría inventado el concepto de “cambio climático” para debilitar el desarrollo de la industria), etc. La percepción de las políticas de identidad como expresión de una corrección política que solo garantiza vidas precarias, o como un sistema de moralismo sin beneficio igualitario, ha conducido precisamente a la negación de la validez (tanto moral como legal) de los reclamos identitarios y a la conclusión (que horada cualquier posibilidad de un paradigma solidario) de que la “justicia social” ha devenido un privilegio de ciertos grupos determinados que se beneficia de los recursos del Estado³.

Ante la precariedad de la vida, el fracaso de todas las recetas neoliberales, el cambio

permanente que lo único que no ha modificado es la existencia miserable de las grandes mayorías, ante un sistema económico que pone en jaque el sostenimiento de la dinámica de la “familia normal” (con casa propia, anclada en la presencia de un varón que garantiza ingresos y recursos, y que aspira a cierta mejora intergeneracional), los nuevos “sentidos comunes” engendrados por las derechas emergentes han tomado como enemigo central a los feminismos (así como a cierto ‘socialismo’ definido en forma sumamente imprecisa y arbitraria), y es comprensible que así haya sido, en la medida en que se trata de un movimiento colectivo, solidario y potencialmente transformador, que cuestiona no solo los roles de género en esta sociedad, sino también los prejuicios y mandatos biologicistas. Y para las derechas contemporáneas, todo aquello que atente contra el “orden natural” se transforma en responsable del caos presente.

La impugnación conservadora de los particularismos en función de la construcción de “lo común”

Es cierto que, aun sin abandonar el campo de quienes no ven en las políticas de identidad una demanda legítima, encontramos posiciones más matizadas. El último libro de Eric Sadin, a modo de ejemplo, ofrece una lectura del problema que intenta eludir las posiciones más reaccionarias mediante el retorno a una posición humanista que recupere el valor intrínseco del ser humano (frente a la máquina y la inteligencia artificial) y la dimensión universal de nuestra pertenencia a una misma especie. La posición general de *La era del individuo tirano* se construye, en líneas generales, sobre la idea de que las políticas de identidad han conducido a una multiplicidad de reivindicaciones particularistas que derivaron en posicionamientos autoritarios y revanchistas (Sadin, 2022, p. 201). Esto ha conducido, de acuerdo al autor, a un estado de “ingobernabilidad permanente” debido a la imposibilidad de construir “una unidad saludable entre el conjunto de los miembros del cuerpo social” (Sadin, 2022, p. 218). Las últimas cinco décadas, en este sentido, expresarían un quiebre decisivo en el ámbito de la construcción política occidental, que consiste en la pérdida absoluta de un horizonte posible de construcción de comunidad derivado de la fragmentación particularista.

Esta conclusión parece curiosa si consideramos el hecho de que su anteuúltima obra, *La inteligencia artificial o el desafío del siglo*, finalizaba con una oda a un nuevo humanismo que diera finalmente “voz al canto polifónico e ininterrumpido de las divergencias” (Sadin, 2020, p. 311). La paradoja, sin embargo, no se encuentra en la confrontación entre el rescate en 2018 de las divergencias y la responsabilización de las particularidades respecto del desmembramiento del horizonte común, sino en que *La era del individuo tirano* se halla atravesada por una tensión esencial entre la descripción del proceso histórico que condujo al surgimiento de los particularismos militantes y el rechazo de los mismos como estrategia de transformación social. La primera parte del libro, en efecto, ofrece una reconstrucción histórica del fracaso del capitalismo para llevar adelante las promesas de la democracia liberal (igualdad, progreso, seguridad y reconocimiento), ubicando en el plano de la producción (y del trabajo en general) las razones que condujeron al surgimiento de subjetividades decepcionadas, escépticas, frustradas, y, en última instancia, resentidas. Es sobre este resentimiento que, de acuerdo a la segunda parte del argumento de Sadin, se han construido las reivindicaciones de la identidad que terminaron por destruir toda posibilidad de construcción comunitaria. Que el resentimiento no puede ser la piedra de toque de la construcción de lo nuevo es algo con lo que, desde ya, acordamos. Pero la claridad con la cual Sadin diagnostica las causas materiales del resentimiento contrastan con la ingenuidad implícita en su llamamiento a dejar atrás las

reivindicaciones particularistas en pos de una reorganización humanista de la sociedad en la que todos los sujetos se sienten incluidos, representados y respetados. Si el capitalismo falló en conducir una “unidad saludable entre el conjunto de los miembros del cuerpo social” (Sadin, 2022, p. 218), se debe a que se halla estructurado sobre la existencia de clases sociales antagónicas: unas que bajo distintas máscaras someten y explotan, otras que encuentran en el resentimiento formas de canalizar la frustración ante la ausencia de una perspectiva verdaderamente transformadora de un estado de cosas que ya no admite maquillajes.

La reivindicación de los reclamos particularistas por parte de los reformismos progresistas y la absorción por la vía ministerial

Que las reivindicaciones particularistas son legítimas, y que de su solución depende en buena medida la posibilidad de construir una sociedad más justa es una idea que ha devenido estructural a buena parte de los proyectos políticos contemporáneos de cuño progresista. Ya sea que se trate de las reivindicaciones de grupos oprimidos por su pertenencia étnica, de los reclamos en contra de prácticas patriarcales, o de la exigencia de leyes que impidan prácticas de discriminación capacitista contra las neurodivergencias o las divergencias funcionales, por citar algunos ejemplos, la falta de resolución de dichas demandas es considerada como la perpetuación de un estado de injusticia. Esta perspectiva, asumida frecuentemente como base de las políticas públicas llevadas adelante por partidos de centro o centro-izquierda (en América y Europa principalmente), dio lugar a políticas de ampliación de derechos, implementación de cupos laborales y programas de reparación, entre otros. La opción preponderante en estos casos ha consistido en asumir que la solución de las reivindicaciones en juego depende no solo de implementar políticas formales de reconocimiento, resarcimiento, ampliación de derechos, etc., sino también de garantizar el efectivo cumplimiento de las reformas legales propuestas, para lo cual se ha considerado como estrategia privilegiada la creación de organismos específicos para supervisar el cumplimiento de las normas y la sanción a sus contravenciones.

La interpretación reformista de las causas de la opresión (que disocia opresión y explotación de clase) tuvo consecuencias sobre las luchas de resistencia, tanto en un nivel teórico como político, en la medida en que los progresismos en cuestión se construyeron sobre el desplazamiento de las luchas desde la perspectiva clasista y material, hacia la lucha por la representación y por reivindicaciones autónomas y atomizadas, dando lugar a lo que Nancy Fraser ha calificado como “neoliberalismo progresista” (2017). Si bien los inicios de dicho proceso pueden ser rastreados, según la autora, a los gobiernos de Bill Clinton y la “tercera vía” de Tony Blair, la crisis global del capitalismo en 2008 y las consecuentes protestas surgidas en múltiples países, obligó a que esos intentos de integración dieran un salto cualitativo para intentar contener dentro de los marcos del capital los crecientes cuestionamientos que especialmente surgían en la juventud y países dependientes. Durante esa etapa, el neoliberalismo “progresista” encontró su símbolo en la llegada de Barack Hussein Obama a la presidencia de EEUU: la principal potencia mundial estaba gobernada por una “persona de color” con nombre árabe. Las políticas de resarcimiento (“reparations”) debatidas y propuestas durante este período en EEUU ilustran a la perfección la estrategia reformista que interpreta que las reivindicaciones particularistas *deben ser atendidas* en virtud de su legitimidad moral, y *pueden ser satisfechas* al interior del marco definido por el modo de producción capitalista. Fue sobre la base de este tipo de estrategias reformistas sobre la que se cons-

truyó lo que ha sido denominado frecuentemente como el proceso de *ministerialización* de las reivindicaciones particularistas, el cual redujo los procesos de resistencia a una mera gestión de batallas simbólicas o culturales, contribuyendo con ello a reconstruir o fortalecer el “extremo centro” definido por Ali (2015).

Las reivindicaciones particularistas desde las perspectivas interseccionales

A veces de modo complementario con los reformismos progresistas (y cómplice de sus resignaciones), a veces de modo crítico, el concepto de interseccionalidad surgió en las últimas décadas como una herramienta teórica distintiva en el campo de las estrategias hermenéuticas de resistencia. Contra la derecha, la perspectiva de la interseccionalidad sostuvo que las subjetividades son (o suelen ser) el lugar de entrecruzamiento de una multiplicidad de vectores de opresión (sexismo, racismo, capacitismo, opresión de clase, opresiones étnicas, etc.) y que las reivindicaciones específicas de cada colectivo oprimido deben ser atendidas, por el hecho de que el solapamiento de vectores de opresión multiplica su gravedad: no es lo mismo ser una varón pobre heterosexual en una sociedad patriarcal, que ser un varón pobre gay, dado que esta última variable transmuta cualitativamente la fenomenología de la opresión. Contra el marxismo y otros abordajes, la adopción de esta perspectiva condujo a la afirmación de que ninguno de los vectores en juego puede reclamar prioridad por sobre los otros, dado que representan dimensiones *autónomas, equivalentes*, y que, en consecuencia, cada una de ellas merece igual atención que las demás. De allí se derivó como corolario estratégico la adopción de un abordaje que interpretaba el proceso de subjetivación como el resultado de la intersección *acumulativa* de todas las variables de opresión en juego en cada uno de los casos. De esta manera, la doble condición de mujer negra, por ejemplo, aportaría dos vectores complementarios al de proletaria o desempleada, y cada uno de los tres vectores merecería atención y ofrecería, a su turno, un punto de partida para las luchas emancipatorias con el mismo potencial anticapitalista y hegemónico que cualquiera de los otros dos. La condición de obrera en una fábrica de celulares de un país semicolonial, en otras palabras, poseería tanto potencial de explicación de la condición de oprimida como la condición de ser mujer en una sociedad estructurada patriarcalmente, y la lucha por la destrucción del patriarcado correría paralela a la conquista de una sociedad sin clases.

La perspectiva de la interseccionalidad surgió en el seno del feminismo de la Tercera Ola como respuesta al feminismo hegemónico (o feminismo blanco), y el concepto fue acuñado por K. Crenshaw para designar el hecho de que ciertos individuos son víctimas de más de un vector de opresión (o la ejercen) por el hecho de pertenecer a más de una categoría social (Crenshaw, 1989)⁴. Sin embargo, el concepto de interseccionalidad sobrepasó rápidamente las fronteras del feminismo y fue adoptado por distintas corrientes teóricas y políticas progresistas o anticapitalistas, llegando a postularse eventualmente como una actualización del marxismo que lograría dejar atrás el economicismo, eurocentrismo y obrerismo (patriarcal) supuestamente inherentes al marxismo clásico. La recientemente traducida obra de K.B. Anderson, *Marx en los márgenes* (2024) ofrece un excelente ejemplo de este abordaje. La conclusión central de dicha obra, en efecto, apunta a sugerir que “en el ámbito de la interseccionalidad de clase con la raza, etnicidad y nacionalidad, las conclusiones teóricas de Marx siguen siendo relevantes hoy en día” (Anderson, 2024, p. 370). No obstante, la propuesta de Anderson de una sustitución del marxismo clasista por uno interseccional queda truncada no solo por el hecho de que el autor no aporta ninguna clave respecto de cuáles serían los contornos

organizativos, programáticos y prácticos de esta ‘nueva estrategia’, sino también porque su obra termina deviniendo una sólida demostración del hecho de que el economicismo, el eurocentrismo y el obrerismo nunca fueron características del pensamiento de Marx, con lo cual las revisiones no economicistas, no eurocéntricas, no obreristas y pro interseccionalidad se vuelven hasta cierto punto innecesarias.

Cuatro décadas atrás, Lise Vogel, feminista marxista y autora de *Marxism and the Oppression of Women* (1983), ya había sostenido que el feminismo socialista de la década de los 60/70 mostraba la existencia de una triada entre clase/raza/género que no podía ser organizada jerárquicamente, algo que permitía distinguir política y analíticamente al feminismo socialista del feminismo radical (que otorgaba primacía al género), por un lado, y del socialismo tradicional (que tendía a privilegiar la perspectiva de clase), por otro. Sin embargo, fue la propia autora quien advirtió respecto de los riesgos de que, a medida que el feminismo se incorporaba a la Academia, la triada se convirtiera en un mantra vacío. Al preguntarse cómo fue que ciertos sectores de centro-izquierda se desplazaron desde la triada raza/clase/género al concepto (ya entonces devenido popular) de “interseccionalidad”, la autora propuso lo siguiente:

Tal vez la interseccionalidad, al igual que la “diversidad”, parecía más capaz de incluirlo todo de forma accesible y matizada, preservando al mismo tiempo la autonomía de los sistemas específicos dentro de la unidad de la interseccionalidad. Por el contrario, raza/clase/género, y mucho menos la lista de la colada, pueden haber parecido demasiado toscos, demasiado asertivos, en la era del posmodernismo y la deconstrucción. Otra característica atractiva de la interseccionalidad en comparación con la raza, la clase y el género es que elude las poderosas palabras raza, clase y género, con su capacidad de evocar no sólo la opresión, sino también la violencia y el caos, y sus gestos implícitos hacia la justicia social y el cambio estructural. Mucho mejor ocultar el significado en esas décadas conservadoras. Estoy pensando en las fuentes de financiación, comités de titularidad, etc., así como en jóvenes académicos que buscan encontrar un lugar en la academia. (Vogel, 2018, p. 279; traducción nuestra)

¿Qué hacer?

Frente a las propuestas reaccionarias, por un lado, que solo pueden interpretar las políticas de identidad como expresión de una fragmentación ilegítima del entramado social fundado en un universal abstracto (y ofrecer como alternativa, en el mejor de los casos, una recaída en una concepción humanista eurocéntrica y conservadora), y, por otro, frente a las propuestas reformistas progresistas, que consideran la satisfacción por vía ministerial de los reclamos de las minorías el equivalente a la construcción de una sociedad justa e inclusiva, creemos que la incorporación de las políticas de identidad desde una perspectiva de clase ofrece una alternativa verdadera frente a las negaciones reaccionarias y los fracasos reformistas. Frente a las perspectivas interseccionalistas, por último, consideramos que el vector de clase sigue siendo decisivo desde un punto de vista hermenéutico y central desde un punto de vista estratégico. El intento de re-elaborar una teoría y estrategia que dé cuenta de las múltiples opresiones como parte de una totalidad abierta no implica, por supuesto, el reemplazo mecánico del mantra particularista por un mantra clasista vulgar, sino, por el contrario, la elaboración de un marco teórico unificado que recupere críticamente los reclamos particularistas a partir de la incorporación de nuevos conceptos que permitan saldar los múltiples hiatos actuales entre la teoría y la estrategia política⁵.

Las perspectivas de la interseccionalidad se apoyan en el hecho cierto de que en las últimas décadas, la clase trabajadora a nivel internacional se volvió más heterogénea y fragmentada, profundizando las divisiones internas como producto de la ofensiva neoliberal (apoyada por la complicidad de las organizaciones políticas y sindicales en las que esa misma clase había hasta ese momento encontrado alguna representación). Sin embargo, la ofensiva neoliberal tuvo efectos desiguales y combinados, dado que junto con la heterogeneidad y la fragmentación, también se extendió de manera cuantitativa y cualitativa la fuerza de trabajo al conjunto del planeta al incorporarse Rusia y China al mercado mundial capitalista. A su vez, la clase trabajadora (feminizada, racializada, precarizada, pero también internacionalizada como nunca antes lo había estado) continúa ocupando las *posiciones estratégicas* que garantizan el funcionamiento del conjunto social. Las modificaciones relativas de los procesos productivos, en este sentido, no solo *no* atentaron contra este posicionamiento estratégico, sino que, por el contrario, en muchos sentidos contribuyeron a potenciarlo debido a la integración mundial de las cadenas de valor (en especial de las variables del transporte de mercancías), de las modificaciones de los procesos productivos conocidos como ‘*just in time*’, o de la ampliación de los denominados servicios vitales para el conjunto de la sociedad (como quedó en evidencia con la pandemia del COVID-19). La clase trabajadora, aquella que produce y reproduce toda la riqueza social, pese a sus mutaciones, en suma, no ha dejado de ser ‘esencial’.

La última década, por otra parte, ha sido testigo de la emergencia de fenómenos juveniles como el precariado, las luchas renovadas de diversos pueblos originarios en países colonizados, el potente movimiento de mujeres y disidencias, así como diferentes expresiones del movimiento estudiantil que tomaron demandas económicas (como en el caso de Chile en 2019-2020) o políticas y antiimperialistas (como sucede actualmente en EEUU y en Europa contra el genocidio perpetrado por el estado sionista contra el pueblo palestino en la Franja de Gaza, o las movilizaciones estudiantiles en Bangladesh que derrocaron a ‘la Dama de Hierro’ de Asia, Sheikh Hasina). Desde el punto de vista de la estrategia, el desafío para la izquierda es claro, y consiste en evitar que las distintas expresiones de lucha de clases no se agoten en dinámicas particularistas, y logren escapar del péndulo de la resistencia y/o la integración, superando los obstáculos necesarios para comenzar a construir un nuevo orden social y político. Para ello es fundamental la construcción de bloques político-sociales que posean la capacidad de superar (teórica y prácticamente) al capitalismo, y para ello es preciso recuperar -bajo las nuevas condiciones objetivas y sus potencialidades inherentes- la capacidad de articulación que la hegemonía obrera puede permitir para la unidad de los sectores en lucha. Esto se debe a que las posiciones estratégicas ocupadas por la clase trabajadora no solo le otorgan, a diferencia de cualquier otro movimiento social o identitario, la capacidad de paralizar y desarticular la producción capitalista, sino que le permiten articular un poder constituyente e independiente, capaz de aglutinar al conjunto de los sectores explotados y oprimidos.

La capacidad de articulación hegemónica de la clase trabajadora, la potencia objetiva y estratégica que le otorga su lugar en el sistema de producción y reproducción, sin embargo, no adquirirá ninguna eficacia operativa sin la construcción de nuevas formas de auto-organización que escapen y combatan a las resistencias corporativas que naturalizan las divisiones impuestas por el capital, sus Estados y las burocracias sindicales, estudiantiles, etc. Ése es precisamente el desafío que planteaba en 1938 León Trotsky en el *Programa de Transición*:

Los obreros agrícolas, los campesinos arruinados o semiarruinados, las capas empobrecidas de las ciudades, las trabajadoras, las amas de casa, las capas proletarizadas de la intelectualidad, todos buscarán un reagrupamiento y una dirección. ¿Cómo armonizar las diversas reivindicaciones y formas de lucha aunque sólo sea en los límites de una sola ciudad? La historia ya ha respondido a este problema: por medio de los soviets (consejos) que reúnen los representantes de todos los grupos en lucha. Nadie ha propuesto hasta ahora ninguna otra forma de organización y es dudoso que se pueda inventar otra. Los soviets no están restringidos por un programa partidario *a priori*. Abren sus puertas a todos los explotados [...]. La organización se extiende con el movimiento y se renueva continuamente. Todas las tendencias del proletariado pueden luchar por la dirección de los soviets sobre la base de la más amplia democracia. (Trotsky, 2017, p. 65)

La historia de la lucha de clases ha ideado y desarrollado distintas formas ‘soviéticas’ de organización de las masas⁶, pero todas ellas comparten el rasgo esencial de lograr articular de manera auto-organizativa a las masas en lucha, superando no solo las divisiones internas de la propia clase, sino también las fronteras que la mantienen alejada de sus potenciales aliados. Estas tendencias a la auto-organización, desde ya, contaron históricamente y aún cuentan con enemigos de todo tipo: el conjunto del Estado, sus partidos y las organizaciones de masas estatizadas a través de la cooptación de las cúpulas burocráticas. Respecto de estos últimos actores, cabe destacar que las estructuras del Estado integral (o ampliado, en términos gramscianos) se han complejizado a partir de la mayor ‘occidentalización’ de las formaciones sociales a nivel mundial. A pesar de ello, lejos de pensar los nuevos obstáculos como absolutos, consideramos que en dichas transformaciones anidan también nuevas oportunidades: la emergencia de múltiples procesos de lucha y organización plantea múltiples aprendizajes y los desarrollos técnicos, científicos o comunicacionales no son dispositivos de control inalienables. Nos encontramos, en este sentido, tan lejos del culto prometeico al progreso indefinido propio de la Modernidad capitalista, como del neo-ludismo que añora un pasado mejor (Martín, 2024). Apostamos a un pensamiento comunista de la potencia a partir de una democracia consejista -o de lo que Frederic Lordon (2014) denomina como “recomuna”-. Los procesos de lucha global en la última década dan muestra de que las nuevas tecnologías encierran no solo un potencial democrático para la acción contra el capital, sino también el potencial para organizar un nuevo orden social, el socialismo del siglo XXI, desde abajo, basado en los Soviets.

A menos que queramos seguir luchando entre penumbras, ello requiere, desde ya, la capacidad de organizar una fuerza política material capaz de llevar adelante los combates en cada terreno, asimilando las enseñanzas provenientes de las derrotas y de las victorias parciales obtenidas en cada proceso de lucha, con el fin último de recrear un marxismo revolucionario con perspectiva estratégica.

Referencias bibliográficas

- Ali, T. (2015). *El extremo centro*. Alianza Editorial.
- Anderson, K.B. (2024). *Marx en los márgenes. Nacionalismo, etnicidad y sociedades no occidentales*. Verso Libros.
- Bernabé, D. (2018). *La trampa de la diversidad: Cómo el neoliberalismo fragmentó la identidad de la clase trabajadora*. Akal.
- Burgueño, C., & Martínez, J. (2019). *Patriarcado y capitalismo. Feminismo, clase y diversidad*. Akal.
- Callinicos, A. (2011). *Contra el posmodernismo*. Ediciones RyR.
- Crenshaw, K. (1989). Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics. *University of Chicago Legal Forum*, 1.
- Dubet, F. (2020). *La época de las pasiones tristes: de como este mundo desigual lleva a la frustración y el resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor*. Siglo XXI.
- Eagleton, T. (2004). *Las ilusiones del posmodernismo*. Paidós.
- Frazer, N. (2017). El final del neoliberalismo “progresista”. <https://www.sinpermiso.info/textos/el-final-del-neoliberalismo-progresista>
- Lordon, F. (2014). *Capitalismo, deseo y servidumbre. Marx y Spinoza*. Tinta Limón.
- Maiello, M. (2022). *De la movilización a la revolución: Debates sobre la perspectiva socialista en el siglo XXI*. Ediciones IPS.
- Martín, F. N. (2023). *Ilustración sensible. Hacia un giro materialista en la teoría crítica*. IPS Ediciones.
- Martínez, J. L., & Burgueño, C. L. (2020). *Patriarcado y capitalismo. Feminismo, clase y diversidad*. Akal.
- Mouffe, C. (1999). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Paidós.
- Sadin, É. (2020). *La inteligencia artificial o el desafío del siglo. Anatomía de un antihumanismo radical*. Caja Negra.
- Sadin, E. (2022). *La era del individuo tirano: El fin de un mundo común*. Caja Negra.
- Trotsky, L. (2017). El Programa de Transición. En *Obras Escogidas* (Vol. 10). Ediciones IPS.
- Vogel, L. (1983). *Marxism and the Oppression of Women: Toward a Unitary Theory*. Rutgers University Press. Versión en castellano (2024) *El marxismo y la opresión de las mujeres; hacia una teoría unitaria*, Ediciones IPS, Cehti, Proyección y Bellaterra Edicions.
- Vogel, L. (2018). Beyond Intersectionality. *Science & Society*, 82(2), 275–287. [doi:10.1521/asis.2018.82.2.275](https://doi.org/10.1521/asis.2018.82.2.275)
- Womack, J. (2007). *Posición estratégica y fuerza obrera. Hacia una nueva historia de los movimientos obreros*. Fondo de Cultura Económica.

Notas

¹ Un ejemplo práctico de este hecho puede vislumbrarse en el Estado Español y la experiencia declinante de la formación neoreformista *Podemos* tras la integración al gobierno de coalición con el social-liberal PSOE, con el consecuente fortalecimiento de éste y la marginalidad creciente del primero.

² Para un análisis del posicionamiento de La Libertad Avanza (el partido de derecha con el cual Javier Milei llegó al poder) con relación a la dimensión de género de la estructuración de la economía, cf. *Las nuevas derechas tejen sus estrategias para ocultar la brecha de género* (2023), <https://ecofeminista.com/las-nuevas-derechas-tejen-sus-estrategias/?v=5b61a1b298a0>.

³ Así lo muestra, por ejemplo, varios estudios realizados por el *Laboratorio de Investigación sobre Democracia y Autoritarismo* (LEDA; <https://www.unsam.edu.ar/leda/encuestas.php>), que encontró que el impacto de la crisis económica fue relacionado por un sector de la población con los intereses de una “casta” de políticos y su vinculación con la negativa (notable entre los sectores más jóvenes) a aceptar las políticas restrictivas relacionadas con la respuesta estatal al COVID-19.

⁴ Un precedente histórico de la perspectiva de la interseccionalidad puede ser encontrado en la demanda que un grupo de mujeres negras establecieron contra la empresa General Motors en 1976, demostrando que existía una doble discriminación de género y de raza en el ámbito de trabajo verificable en los patrones de despido, los cuales ponían como primeros objetivos a las mujeres negras, seguidas de las mujeres blancas, los hombres negros y,

finalmente, los hombres blancos (Martínez, 2020, pp. 162-163).

⁵ La reciente reedición en castellano de *El marxismo y la opresión de la mujer. Hacia una teoría unitaria* (2024), de Lisa Vogel, representa un aporte fundamental fundamental para esta tarea, en función de su propuesta de una reinterpretación clasista de los particularismos desde la teoría de la “reproducción social”.

⁶ Cabe señalar, entre otros, la Comuna de París, los Soviets rusos, los Consejos Obreros de Turín, la *Räte* alemana -que inspiró también al movimiento estudiantil en el '68-, ciertas formas *sui generis* de organización llevadas adelante por la Central Obrera Boliviana en 1952, la Asamblea Popular de 1971 en el mismo país, o formas (embrionarias) de organización como los Cordones Industriales de Chile y las Coordinadoras del Gran Buenos Aires en 1975.

